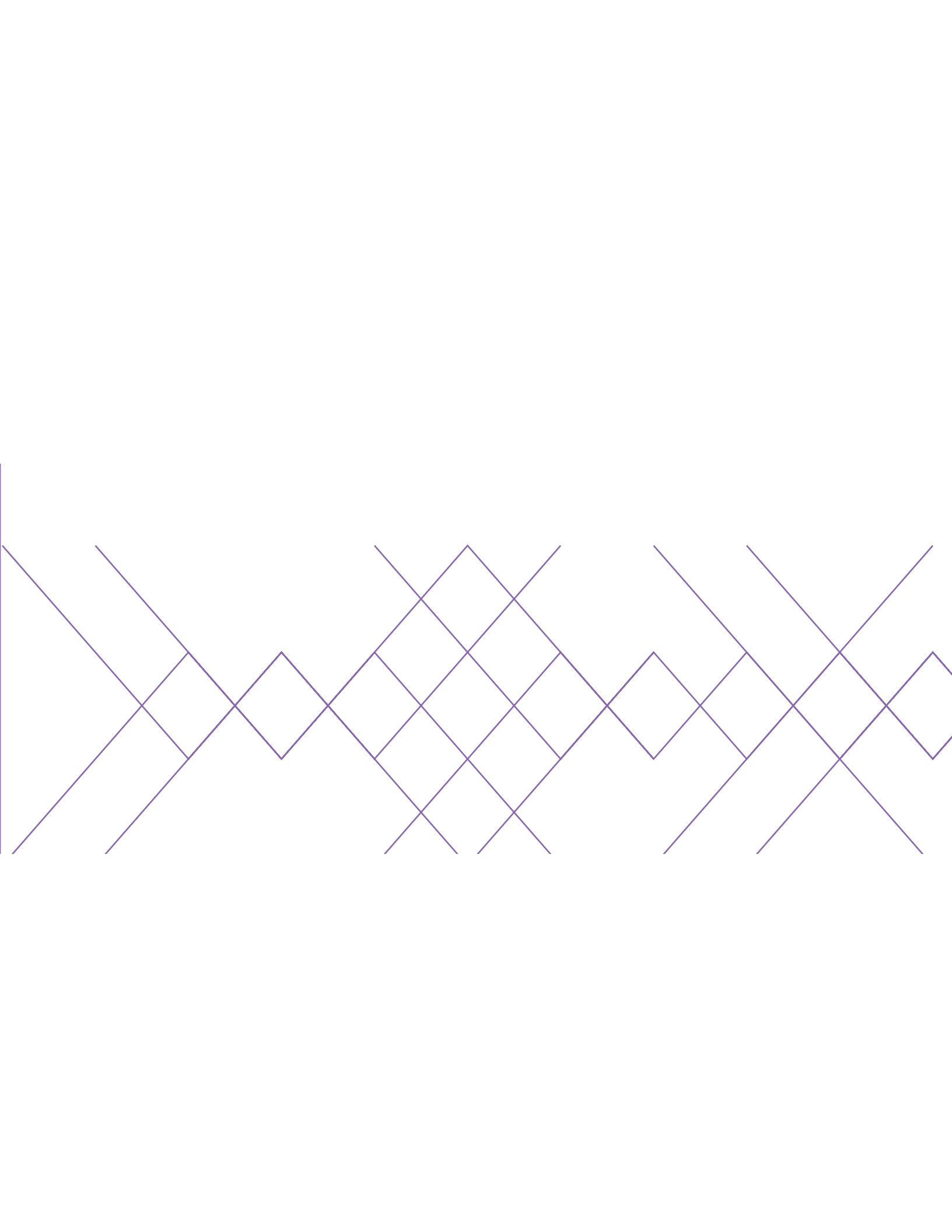




GUION CONCEPTUAL

Museo de Memoria Histórica de Colombia

Autora:

Pilar Riaño-Alcalá

Coautores:

Cristina Lleras

Lorena Luengas

Luis Carlos Manjarrés

Martha Nubia Bello

Agradecimientos

El aporte de los integrantes de las direcciones de Museo de Memoria Histórica, de Construcción para la Memoria Histórica y de Acuerdos de la Verdad, del Observatorio Nacional de Memoria y Conflicto, del equipo de la Estrategia de Participación de Víctimas del CNMH, del Área de pedagogía del CNMH, del Área Nación Territorio y Área de Iniciativas de Memoria del CNMH, así como de los equipos de Enfoque étnico, Enfoque de género y Etario también del CNMH, ha guiado el desarrollo y contenido de los ejes narrativos del guion conceptual.

De igual manera, la Dirección de Museo de Memoria Histórica ha recibido valiosos aportes, ideas y comentarios de personas expertas externas, de diversas comunidades y líderes sociales en temas de tierra, agua y cuerpo:

Eje agua: Natalia Quiceno, Alejandro Camargo, Juana Camacho, Claudia Leal, Constanza Millán, Yohana Herrera, Estefanía Galliní, el Instituto de Investigaciones de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, la Fundación Alma, la iniciativa de memoria Comisión de la Verdad Ambiental y la Corporación Servicios Profesionales Comunitarios Sembrar.

Eje cuerpo: Juan Pablo Aranguren, María Eugenia Vásquez, Martha Orrantia, Diana García, Katherine López, Rocío Martínez, Helka Quevedo, Vladimir Melo, la Organización Femenina Popular y Reiniciar.

Eje tierra: Francisco Gutiérrez, John Jairo Rincón, Yamile Salinas, María Clemencia Ramírez, Rocío Londoño, Carolina Castro, Donny Meertens, Luz Amparo Sánchez, Marta Villa, Juan Pablo Guerrero, Mauricio Parra, Diana Ojeda y Catherine Le Grand.

*La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio.
Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas
increíbles, tan solo seres humanos involucrados en una tarea inhumana. En
esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los
árboles. Todos los que habitan este planeta junto a nosotros. Y sufren en
silencio, lo cual es más terrible.*

La guerra no tiene rostro de mujer. Svetlana Alexiévich, p. 14

¿Cómo escuchar los silencios de la guerra?, ¿cuál es su mirada?,
¿dónde quedan las huellas de la afirmación de la vida y de los sueños
interrumpidos?, ¿de qué maneras se imbrican los esfuerzos sigilosos
por preservar la vida con los deseos ennegrecidos por aniquilarla? En
el Museo de Memoria Histórica de Colombia (MMHC), la tierra, el

agua y el cuerpo narran la guerra en Colombia desde aquellos paisajes, territorios, caminos y seres vivos que revelan historias acalladas por la brutalidad de las violencias o guardadas con recelo por quienes fueron sus testigos.

Tierra, agua y cuerpo están íntimamente conectados en el paisaje, y en nuestras vidas diarias conforman un ecosistema tanto de materialidades como de relaciones entre seres vivientes, ciclos de vida, fuerzas y poderes, modos de vivir y morir, sentir, actuar y concebir el mundo. La tierra, el cuerpo y el agua constituyen elementos y sustancias esenciales en la formación de los mundos de vida de seres humanos y no humanos, y hacen parte integral y formativa de las interrelaciones entre diversas entidades vivas (Krause and Strang, 2013; Strang, 2014). Este entramado de relaciones y fuerzas le otorga poder narrativo a la tierra, cuerpo y agua porque estos no son simplemente escenarios o recipientes pasivos de la acción humana sino testigos y actores directos de lo que sobre o en ellos tuvo lugar.

Tierra, agua y cuerpo ofrecen múltiples puntos de entrada para escuchar y ver las historias y las voces de la guerra en todo su espesor, la pluralidad y la complejidad de más de cinco décadas de conflicto en Colombia. En el Museo de Memoria Histórica, estos tres ejes ofrecen:

- un *modo de incorporarse* como visitante en el reconocimiento de lo que pasó y cómo se vivió
- un *sujeto narrativo* que da testimonio sobre lo que pasó y sigue pasando y desde el que quienes vivieron la guerra relatan sus experiencias

- un *lugar analítico* que explica las características, los repertorios de violencias y los modos de resistir la guerra, sus causas y consecuencias

¿Qué le pasa a la tierra, al agua y a los cuerpos en la guerra?, ¿qué hacen durante la guerra? y ¿cómo la cuentan? Al optar por estos ejes como organizadores del guion museológico buscamos situar el relato de la guerra en un entramado histórico, político, humano, natural y material, y nos alejamos de cualquier intento de entregar una explicación total, definitiva e incuestionable de las historias de la guerra. Aspiramos a explicar las modalidades de violencia, los actores de la guerra y las dinámicas regionales, tomando en cuenta la relación entre fuerzas sociales y actores sociales y las experiencias y respuestas de las comunidades y grupos sociales afectados por la guerra. La interconexión profunda entre cuerpo, tierra y agua, como lugares de la acción humana, y su carácter formador de las relaciones entre todo tipo de seres vivos, nos ofrecen un lugar narrativo —un ecosistema diverso de relatos y relaciones— desde el que se busca hacer visible los rostros, las voces y los impactos del conflicto armado, así como las múltiples formas en que el cuerpo, la tierra y el agua se erigen en medios y lugares de resistencia a las violencias.

Estos ejes constituyen una apuesta por equilibrar la transmisión de contenidos históricos y analíticos con el reconocimiento de las voces de quienes sobrevivieron la guerra, de quienes fueron sus testigos individual o colectivamente en lugares geográficos, posiciones sociopolíticas y tiempos diferentes. Cada eje, como lugar comunicativo y de acción, sirve como plataforma para que quienes fueron testigos de las violencias de la guerra cuenten y expliquen, y para articular unos relatos históricos y analíticos que nos acerquen a la comprensión de cómo y por qué sucedió.

Esta opción, tanto analítica como narrativa, es también un esfuerzo por mirar la guerra en una perspectiva histórica, relacional y sistémica: ¿cuáles son las fuerzas sociales, políticas y económicas que activan los engranajes que sostienen las violencias a través del tiempo?, ¿cómo se hacen presentes en el territorio y en los cuerpos colectivos e individuales?, ¿cuáles son las maneras en que personas y comunidades responden y resisten las violencias sobre sus cuerpos, sobre los territorios y entornos de vida?

El relato que se trenza desde múltiples voces, personas y lugares comunica que

La historia del país se teje tanto por la guerra y las violencias como por las iniciativas de paz, las resistencias, las reformas políticas y los procesos de paz.

El guion

Escribir un guion es conjugar relato, contenidos, espacio y públicos para producir una narrativa, una experiencia. Es comunicar. Un guion es un instrumento para contar una historia e incluir todos los componentes para su realización. Este texto presenta el gui3n conceptual que aporta los contenidos temático-conceptuales que orientan las exposiciones y recorridos en el Museo.

Durante las jornadas de consulta e intercambio acerca del Museo¹, escuchamos numerosas advertencias sobre lo que el deberíamos evitar o rechazar, sobre los riesgos de petrificar las memorias de una larga guerra en historias cerradas y de homogenizar o simplificar las experiencias de las personas que la sufrieron, apoyaron o fueron parte de sus ejércitos. Nos advirtieron sobre los peligros de privilegiar ciertas memorias y silenciar otras, de las trampas de las cronologías que resaltan fechas y eventos desde miradas parciales o privilegiadas, de los vaivenes de la selección de ciertos casos y no otros.

Así entendimos que con cualquier intento de narrar y explicar la guerra de acuerdo a criterios puramente temporales (cronologías-periodizaciones de la guerra), analítico conceptuales (qué, por qué y para qué), regionales y sectoriales (cómo se dio la guerra en cada región del país o por sector social), por actores (Fuerza Pública, grupo armado ilegal, víctimas, responsables) o modalidades de victimización (desaparición, masacre, desplazamiento) corríamos el riesgo de compartimentalizar el relato. Entendimos también que se

¹ El desarrollo y propuesta conceptual de estos ejes resulta de los diálogos que durante mas de tres años el equipo de la Dirección de Museo de Memoria Hist3rica del CNMH ha sostenido con personas y organizaciones sociales que lideran iniciativas de memoria en diversas regiones del país, con personas expertas y sectores académicos, artísticos y también del acumulado investigativo del Centro Nacional de Memoria Hist3rica. El texto “Museo de Memoria Hist3rica de Colombia: un lugar para el encuentro. Lineamientos conceptuales y gui3n museol3gico” (CNMH, 2017) detalla los componentes de este dialogo y sus participantes.

quería que el Museo mostrara los rostros y permitiera escuchar a las personas, los paisajes y los sonidos de las memorias con relatos localizados en referentes históricos, geoespaciales y políticos.

Cuerpo, tierra y agua son nuestra respuesta y entrada a estas advertencias: son conceptos guía, ejes narrativos y modos de ubicar y trazar relaciones para comunicar que

La guerra en Colombia es cambiante, fragmentada, regionalmente diversa, ambigua y profundamente degradada.

La tierra y el territorio, los cuerpos de agua como ríos y ciénagas y el cuerpo/persona pueden narrar la guerra desde una materialidad y una geografía que los pone en relación: un territorio ubicado en algún punto de la geografía nacional, que sufre afectaciones específicas asociadas con el despojo, el abandono y la destrucción, y revela luchas históricas por el acceso y defensa de la tierra y la autonomía; un cuerpo de agua, como el río, que pasa por pueblos ribereños, cuyos nombres ya se han hecho emblemáticos del horror de la guerra, y por él circulan tanto cuerpos y objetos del terror como las caravanas del retorno y por la paz; un cuerpo humano que reside en un cierto lugar y lleva inscritas las huellas de la violencia, muchas veces anterior al conflicto armado, y le da voz a las historias personales y colectivas sobre el día a día de la guerra y sobre los proyectos de construcción de paz y democracia.

Al narrar y escuchar desde estos lugares, que están profundamente interrelacionados en tanto sustancias materiales, sistemas ecológicos y de vida, respondemos a las advertencias sobre los riesgos de compartimentar el relato o de agotar la historia en cronologías rígidas. Buscamos articular relatos y voces en torno a una ecología

relacional y holística —cuerpo, agua, tierra— y a un medio ambiente dinámico, cambiante e histórico.

Los modos en que nos relacionamos con la tierra y los territorios, con el agua y con el cuerpo-persona nombran maneras de construir cultura e identidades, de sentir y vivir el mundo, así como modos de concebirlo y explicarlo desde la política, el conocimiento ancestral y local, lo espiritual, lo afectivo y lo simbólico. La relación entre seres vivos, el agua y sus cuerpos integran estas materialidades en el tejido denso de relaciones sociales que incluye seres humanos y no humanos, prácticas culturales y políticas que definen su sentido de pertenencia e identidad, y un amplio repertorio de prácticas que reconstruyen las relaciones y resisten las violencias letales. Para grupos indígenas, comunidades negras y la gran población campesina del país, tierra y agua arraigan y conectan sus identidades y entrelazan sentidos del ser como persona y colectivo. Incluso para aquellos habitantes urbanos afectados, los lugares como el barrio, la plaza y los cuerpos son contenedores de sentido y de afectación.

La guerra sin duda ha dejado profundas afectaciones sobre la tierra, el agua y el cuerpo. Han sido objeto del horror, la destrucción, el despojo y los intentos de aniquilación. Los relatos que pueden escucharse desde estos lugares construirán memorias diversas del día a día en la guerra y ofrecerán elementos para entender motivaciones y responsabilidades.

Cuerpo

No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra.

(Alexiévich, 2015)

Ahora sé que lo que realmente produce la guerra es deshumanización, odio y destrucción. Aprendí con el teatro que todos los que estábamos allí guardábamos inmensos dolores, unos por terminar convirtiéndose en victimarios y otros por todo el daño recibido.

(CNMH, 2014)

Las mujeres no parimos hijos e hijas para la guerra

Ruta Pacífica de Mujeres por la Paz².

El cuerpo es el medio por el cual la persona siente, vive y aprende: es el vehículo de la experiencia. Cuando la experiencia de vida es atravesada por la guerra, el cuerpo es el elemento directo sobre el que se encarna la memoria de la violencia, como archivo de la vivencia de esos acontecimientos y el lugar de inscripción de las marcas, heridas y las memorias. Igualmente, el cuerpo es organismo, una totalidad física, orgánica, emocional, sensorial y de agencia, que y actúa porque hay un sujeto-persona que lo potencia. Pero ese organismo o cuerpo individual no existe de manera aislada, sino que forma parte de una red de identidades y vínculos afectivos, sociales y políticos, de unos cuerpos en conjunto con otros cuerpos: los “cuerpos colectivos.”

El cuerpo puede entenderse desde su biología y corporalidad como en los modos en que acarrea el ser y la identidad de las personas, es decir, sus dimensiones subjetivas, relacionales, simbólicas y

² Eslogan de Ruta Pacífica de las Mujeres, movimiento feminista que trabaja por la tramitación negociada del conflicto armado en Colombia. Para mayor información, puede consultarse www.rutapacifica.org.co

sensoriales. El ser humano, aclara Olaya Fernández (2012: 363), no “es cuerpo en sentido abstracto, sino que es materialidad que se manifiesta como carne vivida y situada.” En cada sociedad y cultura, y en cada periodo histórico, se construyen unos ideales y expectativas sobre el cuerpo humano y la diferencia sexual y física. Se cimienta un modo de entender lo corporal y sus roles y se establecen unas asociaciones entre cuerpo y ser, género y sexualidad: ideas y expectativas de lo que constituye la masculinidad y la feminidad, la belleza y apariencia, y el comportamiento. El cuerpo, por consiguiente, constituye un lugar específico “donde se vive y se transmite el poder” (Blair, 2010: 36) y sobre el que operan unas relaciones que lo inscriben en sistemas de relaciones, valoraciones y modos de comportarse.

El cuerpo, entonces, es depósito de normas, esquemas y símbolos culturales: se inscriben en él reglas de comportamiento, se le ubica en el espacio social, y en cada momento histórico y bajo regímenes e ideologías políticas específicas los cuerpos se hacen vehículos de diferencia en relación con el género, la edad, el color de la piel, etc. Paul Connerton (1989) señala cómo históricamente el establecimiento de un nuevo régimen esta acompañado de un claro intento por establecer nuevas prácticas corporales. Así, durante el periodo revolucionario en Francia entre 1791 y 1795, la ropa de los ciudadanos y los uniformes se transforman en estilo y forma con el deseo de eliminar barreras sociales y de estatus y de permitir una mayor libertad de movimiento y corporal. Michelle Cameron (2008) describe cómo antes de la colonización europea los pueblos indígenas en Norteamérica manejaban y manejan hoy la noción de una identidad “dos espíritus”: no se ven ni como hombre ni como mujer, sino que pertenecen a otros géneros en un sistema de múltiples géneros.

Estos procesos de concepción, clasificación y valoración del cuerpo pasan por la asignación de categorías móviles, circunstanciales y contextuales, dadas por los sujetos-cuerpos que interactúan entre sí. En contextos de guerra y confrontación armada, estos procesos se ven reflejados en la circulación de ideas que establecen la valoración negativa y el tratamiento violento a personas que se juzgan diferentes, enemigos u objetivos estratégicos por parte de los actores sociales involucrados en el conflicto (Suárez, 2007). Esos procesos también regulan las maneras en que la guerra ordena, disciplina y se inscribe en los cuerpos de las personas combatientes, de aquellos a quienes se reclutan forzosamente o de quienes se perciben como sus mártires, héroes, guerreros o victimarios (Aranguren, 2011; Blair, 2010). La militarización de los combatientes opera en sus cuerpos, emociones e ideas, y para ello los ejércitos usan estrategias como la desensibilización (creación de distancias físicas y psicológicas) y la coerción, es decir, la coacción para que inflijan violencia física o sexual sobre otras personas (Dolan, 2018).

En las confrontaciones armadas, los diversos actores en competencia por el control ponen en juego unas estrategias de poder que operan a través de mecanismos de violencia parcial (tortura, violaciones, requisas) o total (muerte, desapariciones), y que buscan debilitar física y emocionalmente a quienes se perciben como enemigos o “los otros” (Blair, 2010). El cuerpo en la guerra es una superficie material y simbólica sobre la que se inscriben y ponen en juego los conflictos, las regulaciones, las luchas sociales, los deseos y los repertorios de violencia. Este carácter del cuerpo, como lugar expresivo y de inscripción de las violencias y tecnologías del poder, es el que le otorga su capacidad narrativa y comunicadora dentro del Museo.

Dado que el cuerpo es un medio para sentir, experimentar y aprender, y que los museos son espacios donde los cuerpos se relacionan y transitan, el MMHC pregunta sobre qué pasa con los cuerpos en la guerra: *¿qué le hace la guerra al cuerpo?, ¿qué hace el cuerpo en la guerra?, ¿cómo cuenta el cuerpo la guerra?*

Las técnicas de inscripción del poder

Dos estrategias de inscripción de poder sobre el cuerpo en la guerra permiten explicar y narrar los repertorios de violencia y sus intenciones: los intentos por desposeer de su humanidad a las personas que se perciben como diferentes o enemigas o sin valor y los intentos por militarizar los cuerpos de niños, jóvenes, hombres y mujeres.

Repertorios de violencia y deshumanización

La violencia toma el cuerpo como un lugar de inscripción, un instrumento para ejercer control, ordenar o alcanzar un objetivo, un medio de comunicación para aleccionar, castigar, intimidar y sembrar el terror. Sobre los cuerpos se ejercen en la guerra ordenamientos e inscripciones que dan cuenta de su carácter político y simbólico: se regula cómo vestirse y comportarse, se infligen heridas o tatuajes o mutilaciones (Aranguren, 2011; Blair, 2010). En las exposiciones del Museo esperamos comunicar que los repertorios de violencia usados en el conflicto armado colombiano atacan y buscan ocasionar sufrimiento al cuerpo para acallarle como sujeto social y político, o para despojar a las personas de su humanidad mediante el trato brutal y degradante inherente a tales acciones.

La estigmatización, la intolerancia, y la eliminación de las diferencias y del disenso político han caracterizado al conflicto armado colombiano.

El cuerpo en la guerra sufre física, psicológica, espiritual y existencialmente la violencia de un victimario que pretende silenciar y deshumanizar a la persona o el colectivo al que pertenece para establecer su dominio o poder. Para ello acude a repertorios como la tortura, la desaparición, la violación sexual, la “limpieza social”, el rapto o secuestro, y la instrumentalización (el reclutamiento forzado y adoctrinamiento). Mediante estos repertorios de violencia, que infringen dolor sobre el cuerpo o buscan debilitar al sujeto emocionalmente, se crea una asimetría de poder entre quienes se perciben como humanos y a quienes se les busca negar dicha humanidad (Porcel, 2014; Volpatto y Andrighetto, 2015).

En este escenario, las prácticas como la tortura, la violencia sexual o la desaparición buscan disminuir o anular la potencia del cuerpo (Blair, 2010) y borrar al sujeto. Esto implica que el cuerpo se separa del sujeto y se convierte en un objeto de la represión (Aranguren, 2016). Dicha intención de separación del sujeto-cuerpo y de degradación de su dignidad es lo que se entiende por *deshumanización*. Hacer ver a quienes son sujetos de la victimización como menos que humanos, o indeseables cuyas vidas no tienen valor, pretende justificar los horrores y crímenes que se cometen sobre estas personas y grupos, y resulta del ejercicio de unas técnicas de poder sobre el cuerpo al que se ataca (Maiese, 2003). A lo largo de la historia, la deshumanización del “otro” ha sido un componente central en las atrocidades perpetradas hacia ciertos grupos de personas, a quienes su diferencia se construye como amenaza durante periodos de violencia masiva y de guerra (Volpatto y Andrighetto, 2015).

La deshumanización comprende actos y emociones muy diversos, mediante los que se busca aniquilar el sujeto o degradarlo como persona. La deshumanización, sin embargo, no describe todas las maneras mediante las que se busca silenciar a ciertas personas ni es el único propósito que subyace a los intentos por humillar, castigar y controlar a quien se considera enemigo. En eventos de violencia extrema, como las masacres, por ejemplo, se pone en escena la enemistad absoluta, y esto implica una relación marcada por sentimientos de odio y hostilidad: “La víctima no es indiferente para el victimario, sino que es la depositaria de una hostilidad agravada y un odio extremo. El exceso es impulsado por las pasiones proyectadas por el enemigo y no por la indiferencia” (Suárez, 2007: 33)

En el contexto colombiano, el poder se ejerce sobre los cuerpos diferentes o que se desvían de lo normado, como los de las mujeres y jóvenes adolescentes, o los de las poblaciones trans, gais o lesbianas, o los de los líderes sociales, o los de trabajadores sexuales, o los de los habitantes de la calle.³ Estos repertorios de violencia se yuxtaponen y son posibles por la presencia de violencias estructurales y cotidianas, como el racismo y la violencia sexual, que se reproducen dentro y fuera de contextos de guerra.

La violencia en el marco del conflicto armado arraiga y profundiza otras violencias como la sexual, de género, racial, étnica, intrafamiliar y de clase.

³ Ver los informes del Centro de Memoria Histórica que documentan este tipo de violencias y las luchas sociales de estos grupos: Aniquilar la diferencia (2015), Limpieza social. Una violencia mal nombrada (2016), La guerra inscrita en el cuerpo (2017).

Las violencias se ejercen también sobre aquellas personas o colectivos que, en el marco de las doctrinas de seguridad nacional, se construyeron como grave amenaza, como “enemigo interno.” Esta construcción, heredada de la aplicación de doctrinas de seguridad nacional en Latinoamérica y en Colombia⁴, tiene como resultado la estigmatización de poblaciones enteras o de agrupaciones políticas o cívicas como enemigos sobre los cuales se ejerce una represión dirigida a su desaparición como cuerpo individual y colectivo, y a interrumpir la expansión de ciertas ideologías y sus proyectos políticos (Aranguren, 2015).

El cuerpo se utiliza como medio de comunicación. A través de él se envían mensajes, se alecciona y se castiga a una red de cuerpos circundantes para ejercer poder sobre cuerpos colectivos. Funciona como advertencia o medio de manipulación y coerción, al eliminar u ocultar cualquier rastro de su presencia. Así es como se ataca y dispone, en ciertos espacios, de los cuerpos victimizados en masacres, asesinatos selectivos o de hechos violentos contra personas, que en el caso colombiano se sepultaron en fosas improvisadas o se arrojaron a los ríos con la intención de desaparecer cualquier evidencia de su existencia o de enviar un mensaje coercitivo o de instauración de miedo.

⁴ La doctrina de seguridad nacional derivada de la guerra fría se cimenta en Latinoamérica en los años 70s. Bajo esta doctrina se concebía que el estado nacional estaba amenazado por un enemigo externo (el comunismo) y que este se había infiltrado en múltiples ámbitos de la sociedad y operaba mediante unos enemigos internos.

CUERPO

Adolorido
Sometido (por el poder)
Colonizado
Estigmatizado
Desaparecido/ausente
Censurado
Hecho objeto de placer
Agredido
Entrenado
Disciplinado
Silenciado
Exhumado
Restituido
Rescatado
Recordado,
Dignificado,
Que resiste
Amado
Protegido

Militarización y las micro políticas corporales de la guerra

Durante periodos de intensos conflictos armados, violencia criminal y política, la población se encuentra sujeta a regímenes militarizados de sus vidas o a la imposición de ideas militaristas sobre sus cuerpos y entorno. La militarización es un proceso gradual de transformación

mediante el cual una persona, grupo social o sistema llega a depender de ideas con un espíritu o disciplina militarista para su funcionamiento cotidiano e incluso para su bienestar (Enloe, 2000). Esta se inserta en la vida social de múltiples maneras, cuando se promueve el uso de la violencia como un medio aceptable para obtener fines políticos o para resolver conflictos, cuando se ponen en efecto sistemas armados de vigilancia en los espacios domésticos, cuando se instauran discursos que construyen a quienes se oponen a ciertas políticas o sistemas como peligro y al permear la vida social y económica, las maneras de pensar la seguridad o el honor, e incluso los modos de vestir, jugar e imaginar (Denov y MacLure, 2007; Enloe, 2000; Woodward, 2014).

La militarización de la vida social tiende a borrar u oscurecer las fronteras entre vida militar y civil, y diluye u oscurece los límites establecidos en el contrato social para la presencia y accionar militar. Las personas o las sociedades se militarizan cuando asumen que lógicas y premisas militaristas, como la presencia de ejércitos o personas armadas en los ámbitos más privados y cotidianos, el reclutamiento de niños y jóvenes, los controles callejeros o las prácticas de “limpieza social”, no solo son útiles sino normales. Dicho militarismo de la vida social es a la vez expresión de una cultura patriarcal que fomenta la agresión y uso de la fuerza física como cualidades de una “verdadera masculinidad” (Ruta Pacífica de las mujeres, 2013).

En estos contextos, la militarización se inscribe en los cuerpos mediante una serie de micro políticas corporales que se visualizan tanto en los cuerpos de los combatientes como en los de las personas victimizadas, así como en las relaciones de género y raciales, o entre adultos y niños (Blair, 2010). El ordenamiento y disciplinamiento de

los cuerpos, de los modos de vestir, circular, hacer y hablar de las personas, ha sido parte esencial del militarismo y del control territorial y social que los diversos actores armados establecen sobre aquellas comunidades a las que se estigmatiza como colaboradoras de sus enemigos o como objetivo estratégico para solidificar dominios territoriales.

Estos procesos de control corporal también se ejercen sobre los cuerpos de los combatientes, es decir, sobre aquellos sujetos que se vinculan de manera voluntaria o bajo coerción a los grupos armados. La guerra militariza el cuerpo del combatiente mediante ordenamientos y disciplinas (técnicas del cuerpo) que lo forman como guerrero y/o victimario. La militarización opera una transformación personal y política sobre sus cuerpos y se cimenta en ciertas ideas militarizadas de la masculinidad y la feminidad (Enloe, 2000; Theidon, 2009). Este también es un proceso gradual de aprendizaje de normas, hábitos y de adquisición de ciertas competencias, un proceso de socialización (Vásquez, 2000). Ideas como el coraje, el autosacrificio y el heroísmo se inscriben en el cuerpo del combatiente en hábitos, posturas, aptitudes (agilidad, fortaleza) y actitudes (Aranguren, 2011), y llegan a moldear su sentido de identidad y universo de valores. Como lo expresa Juan Pablo Aranguren,

Estas formas particulares de discurso van inscribiendo en el cuerpo de los combatientes una serie de signos, trazas o marcas que hablan de la asimilación de las relaciones simbólicas vehiculizadas por el discurso bélico, de las identificaciones de estas formas discursivas con el modelo-imagen del ser guerrero o, en general de las incorporaciones de estas formas discursivas
Aranguren, 2011:12

La construcción de ciertas formas de masculinidad (violenta) no es incidental a la guerra sino que por el contrario es esencial para el mantenimiento de un régimen militarizado (Dolan, 2013; Theidon, 2009). Theidon (2009: 5) hace referencia a una masculinidad militarizada, “esa fusión de ciertas prácticas e imágenes de la masculinidad con el uso de armas, ejercicio de la violencia y el desempeño de una actividad agresiva y masculinidad misógina”. La guerra impone ciertos modelos de masculinidad violenta y coarta o persigue masculinidades alternativas, como claramente lo ilustran la persecución y abuso a personas LGTBI en pueblos como La Libertad y Rincón del Mar, en Montes de María, utilizados por los paramilitares del Bloque Héroes de María.⁵ El uso de la violencia se instaure como un medio para lograr la masculinidad-hombría y el reconocimiento.

Las rutinas y la formación militar cimentan a la guerra o el conflicto armado como universo ordenador del combatiente. Un aspecto central del modo como el militarismo y la guerra se incorporan en la subjetividad del combatiente y pueden producir una ruptura con su humanidad es en la manera como los discursos ordenadores de dicho militarismo proceden sobre la corporeidad del combatiente (postura, artefactos, modos de caminar) y cómo a la vez su propia afirmación como guerrero(a) combatiente termina dependiendo del ejercicio de la violencia contra un otro(a) (Aranguren, 2011; Blair, 1999). Por eso los procesos de transición como la desmovilización o la reinserción y las decisiones de renunciar a la militancia en un grupo armado acarrear un proceso de desmilitarización del cuerpo y re aprendizajes.

⁵ Ver Capítulo II “La otra violencia” en el Informe “Mujeres y Guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe Colombiano.” Grupo de Memoria Histórica. 2011. Bogotá: Taurus

La decisión de retirarme de la militancia significaba un corte que facilitaba examinar mi pasado con la intención de reflexionar sobre algunas concepciones y hábitos aprendidos y, al hacerlo, transformar aquellos que dificultaban mi convivencia en la nueva situación de legalidad y potenciar los que constituían ventajas para la vida en sociedad.

María Eugenia Vásquez, 2000: 319

¿Qué hace el cuerpo en la guerra? ¿Cómo cuenta la guerra?: Relatos de vida, cuerpos biográficos y colectivos

El cuerpo puede contar la guerra desde su magnitud e impacto. *El cuerpo en cifras* sugiere la magnitud del daño y sus profundos impactos en la vida social y familiar. Entre 1985 y 2016, 10.189 personas fueron víctimas de minas antipersonal y otros artefactos explosivos, 37.712 fueron secuestradas, al menos 15.552 fueron víctimas de violencia sexual, 17.610 niños, niñas y adolescentes fueron reclutados de manera forzada o utilizados en labores de la guerra y 220.000 personas perdieron sus vidas por causa de la guerra (GMH, 2013; CNMH 2017; Oficina Alto Comisionado por la Paz, 2016). Desde principios de los años setenta, 78.202 personas fueron desaparecidas (CNMH, 2017) y las cifras parciales indican casi 5.000 víctimas de ‘limpieza social’ entre 1988 y 2013 (CNMH, 2016). Los cuerpos ausentes y desaparecidos, los cuerpos violados, adoloridos, mutilados y disciplinados muestran la degradación de la guerra y las repercusiones sobre las personas y sus entornos.

El cuerpo como memoria inscrita revela y comunica la trayectoria de vida y vivencia de la violencia de la persona desde su biografía individual y social. Este cuerpo y su repertorio e inscripción

biográfica constituyen uno de los agentes narrativos en la exposición. El *cuerpo biográfico* les pone rostro y voz a las experiencias de las personas, al traer a la exposición el relato de lo que vivieron e hicieron durante la guerra. Es un cuerpo que cuenta, desde una experiencia íntima y registrada en la piel, lo corpóreo y sus recuerdos y olvidos, pero también cuenta como puente relacional para mostrar cómo estas memorias y marcas individuales hacen parte de otras historias y relatos, de las experiencias de otras personas y grupos, de momentos particulares en la historia de ciertas comunidades o grupos sociales y del mismo país o región.

Cuerpo y marcas corporales son también los lugares desde los que se interroga e interpela a quien visita el Museo, con historias que cuentan cómo personas y comunidades resisten, sobreviven y se recrean en medio de la crisis, y cómo responden individual y colectivamente a los intentos por despojarles de su humanidad o debilitar su capacidad de acción. El cuerpo ha sido blanco y objeto de la violencia, pero en este también se aloja la capacidad de resistir al poder y a los intentos deshumanizadores, y de construir proyectos de emancipadores (Fernández, 2012).

Los cuerpos contarán los innumerables repertorios por la defensa de la vida y por el rescate de la dignidad como seres humanos y sujetos que celebran sus diferencias de género, identidad, sexual, raciales o pensamiento político, así como los actos e inscripciones corporales de oposición y rechazo al disciplinamiento y control. Interrogarán también los dilemas y dificultades del día a día en la guerra: las negociaciones con los victimarios, cuando sobrevivir exige “tomar lados,” los dilemas y las posibilidades del silencio o la solidaridad con quien está siendo víctima, las rupturas dentro de la familia y la

comunidad, las zonas grises entre víctima y victimario, entre violencia y paz.

La lucha por la vida y por la dignidad se encarna en los cuerpos de muchas personas y movimientos de víctimas. Los grupos de mujeres y feministas han liderado por años marchas, rutas, plantones o caravanas por la paz y contra todas las formas de violencia en múltiples sitios y pueblos del país. Las madres y familiares de las personas desaparecidas, de las secuestradas, y los hijos e hijas por la memoria y contra la impunidad, han emprendido incansables búsquedas de sus familiares y contra el olvido. En las comunidades, los mayores y las familias han preparado rituales y prácticas de cuidado a los muertos para restaurar su dignidad y facilitarles su descanso.

El cuerpo, como lugar de entrada y sujeto narrativo, ofrece una manera de adentrarse a las experiencias y testimonios de las luchas de miles de colombianos y colombianas por la defensa de la vida y el restablecimiento de la dignidad de las víctimas, a quienes se les ha estigmatizado y negado su humanidad. Este cuerpo también contará los procesos de antimilitarización y aprendizaje, mediante los que miles de combatientes reconstruyen sus vidas y buscan restaurar sus mundos sociales.

Largos años de violencia han fomentado la polarización social y política, y han naturalizado las violaciones a los derechos humanos. Por eso esperamos que quienes visitan el Museo comprendan que

el fortalecimiento de la democracia reside en el reconocimiento de la diferencia, el disenso y la diversidad en todas nuestras interacciones.

El reconocimiento de la imbricación de las diferentes formas de violencia en la guerra y el arraigo de sistemas de opresión históricos invita a los diferentes públicos a pensar e imaginar que,

es preciso un presente posible para la sociedad colombiana, rechazando las violencias cotidianas en todas las interacciones.

Tierra y territorio

El territorio nuestro es centro y con la naturaleza tenemos que consultar.

Cacique Boa, Caquetá (Vargas 2016, p. 90)

El desarrollo y la re-creación de nuestra visión cultural requieren como espacio vital el territorio. No podremos SER, si no tenemos el espacio para vivir de acuerdo a lo que pensamos y queremos como forma de vida. De ahí que nuestra visión de territorio sea la visión de hábitat, es decir, el espacio donde el hombre negro y la mujer negra desarrollan colectivamente su SER, en armonía con la naturaleza

(Grueso y Escobar, 2008)

Definición Asamblea Nacional Proceso Comunidades Negras
[PCN]. Noviembre de 1993.

La tierra es tanto superficie física y elemento natural como espacio vital y núcleo de relaciones e identidades. Ella ha sido el escenario sobre el cual el conflicto armado colombiano se ha desplegado, objeto de múltiples formas de violencia, tanto en el campo como en la ciudad, y lugar de gestación de proyectos por la defensa de la vida y el territorio. El Museo de Memoria Histórica dirige su mirada a la tierra para interrogar: *¿qué le hace la guerra a la tierra?, ¿qué hace la tierra en la guerra?, ¿cómo cuenta la tierra la guerra?*

Tierra y territorio están profundamente interrelacionados en el día a día de las personas y en las maneras como la guerra se desarrolla e impacta a las poblaciones. La tierra, como afirma Donny Meertens (2016), encarna tanto sustancia material como moral, puesto que es medio de supervivencia y anclaje de pertenencia. El territorio es el escenario geográfico, político y cultural donde grupos de personas

forjan relaciones y aseguran su supervivencia económica, ambiental, social y cultural (Grueso y Escobar, 2008; Escobar, 2015). Si bien el territorio se delimita por unas fronteras tanto espaciales como imaginadas y unas redes de poder (Tapia, 2004), este es algo más que una base material para la reproducción humana o cuestión de control espacial: comprende también la densa red de relaciones que crea y produce el sentido de ser comunidad, así como mundos de vida y de biodiversidad (Rodríguez, 2010). Es decir, el territorio puede asociarse con el sustento material y el entramado relacional de la producción cultural de un cierto grupo, como integridad viviente y sustento de la identidad y armonía (Decretos Ley 4633 y 4635), pero también con la creación de parte de diferentes grupos humanos o estados de fronteras geopolíticas o de propiedad (Ruiz Serna, 2017).

Para pueblos indígenas, comunidades negras y campesinas, la tierra es lugar de origen, vida y sustento de la espiritualidad y sabiduría ancestral. La relación con la tierra tiene para cada uno de estos grupos una importancia vital como fuente de sustento y trabajo, como elemento que sitúa sus modos de ver el mundo y soporte de vida (Escobar, 2015; Vargas, 2016). La intrincada relación entre tierra y agua moldea ideas y cosmovisiones sobre el territorio y mas específicamente los ríos como base o referente transversal sobre los que se construye una noción de territorio (Escobar, 2015). El territorio representa un lugar con el que se unen íntimamente, en tanto es el espacio de producción de conocimiento y repositorio de este, así como un lugar de transmisión y anclaje de los lugares sagrados o históricos y de los seres vivientes que condensan sus visiones del mundo y los modos de conocerlo (Centro de Formación y Fortalecimiento Cultural WIWA, 2016; Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas, 2013).

Bien, con lo que dice allá el compañero, la pregunta, a nosotros si nos quedó algo de que, si hace falta un elemento, un componente más a esos tres que hay [refiriéndose a los tres componentes de cuerpo, tierra, agua] [...]. Si estamos diciendo que estamos tratando de que esa memoria sea una viva y estamos de acuerdo en que eso se hace a través del conocimiento de los mayores de los pueblos, y si cogemos otro componente del país como nación que por orígenes es indígena, todos los pueblos indígenas son muy espirituales, y el uso que se le da a la tierra, a todo el relacionamiento, tiene que ver con ese componente espiritual, incluso los compañeros afro tienen su espiritualidad en sus diferentes expresiones, pero somos espirituales [...] lo que estamos diciendo es que también estamos planteando una alternativa de cómo volver e mirar ese tema de beneficiarnos de eso, para que esa madre tierra nos cuide a nosotros realmente con todo su esplendor. Y eso tiene que ver con la forma del relacionamiento que se tenga con eso, pero eso solo se hace a través de la espiritualidad y el reconocimiento de los mayores.

(Intervención de participante indígena en consulta y presentación de los lineamientos conceptuales y guión del museo en Encuentro de Memoria Etnicos, La Chorrera, Amazonas, Octubre 2016)

Esta concepción del territorio como soporte fundamental de mundos de vida, como sustrato y agente de historia y como entorno colectivo asociado a unas fronteras, unas luchas por su reconocimiento y una identidad colectiva como pueblos indígenas o negros, ha sido recogida en los Decretos Ley de Victorias 4633 (para pueblos y comunidades indígenas) y 4635 (para comunidades afroclombianas, negras, raizales y palenqueras) de 2011, que trazan las medidas de reparación integral y restitución de derechos para estos pueblos. Estos decretos reconocen “los regímenes especiales de propiedad y la importancia que tiene el territorio como soporte fundamental de la existencia física, la pervivencia cultural y el desarrollo autónomo de estas comunidades.” (Ruiz-Serna, 2017: 92)

En contraste y abierta lucha contra estas nociones relacionales de tierra y territorio, los diferentes actores y grupos partícipes directa e indirectamente en la confrontación armada colombiana han construido al territorio como recurso estratégico y geopolítico y epicentro de su disputa. La apropiación de los territorios mediante mecanismos como el despojo o abandono por el desplazamiento o las masacres responde a estrategias de control de las rutas de circulación, las poblaciones y los recursos. Estos usos del territorio cimentan una larga historia colonial de despojo y desposesión, y la característica de Colombia como un país fragmentado en la que grupos paramilitares, guerrillas y ejércitos privados le disputan al Estado el control territorial (Serje, 2003).

La ocupación, colonización y el despojo de la tierra tienen antecedentes históricos, que datan del periodo de ocupación española, y ha tenido diversas características, formas de tenencia de la tierra y subordinación del campesinado de acuerdo a la región del país y el periodo histórico (Reyes, 2009). Los procesos de colonización que se configuran de manera particular a fines del siglo XIX, con el auge de la economía de exportación agrícola, motivaron la colonización de las “fronteras” internas del país. Los procesos de colonización no se limitaron a crear lazos, pero cada uno de ellos generó conflictos entre empresarios y campesinos por la tierra que fueron con frecuencia violentos. Fueron justamente estas tensiones, disputas y violencias las que el conflicto armado profundizó, valiéndose de prácticas ilícitas legitimadas por la cultura, por la economía y por la política (Le Grand, 2016; Reyes, 2009).

Los paisajes del despojo y las marcas en el territorio de la violencia

En la tierra y en el conjunto de los territorios quedan marcas visibles e invisibles, los vestigios de los impactos de la guerra y de las luchas por sobrevivir en medio de un conflicto armado. Si bien los impactos sobre el campo colombiano son innegables, no se trata únicamente de una tierra para cultivar, sino de una tierra en la que se desarrolla el día a día de las personas, de comunidades y de otros seres vivos, tanto en espacios rurales como urbanos. Por eso los actores en el conflicto armado buscaron intencionalmente atacar y apropiarse de territorios que les permitieran establecer un control social, además de regular y buscar someter a distintas poblaciones atacando su sustento.

En medio de estas luchas, sobre amplios territorios del país rural y urbano se ha librado un despojo sistemático por parte de todos los actores armados y un abandono de tierras que transforma la geografía y desplaza a personas. El despojo es un proceso continuo por medio del cual las personas, grupos sociales o familiares se ven privados material y simbólicamente, mediante la fuerza o coerción, de bienes muebles e inmuebles, lugares o territorios sobre los que ejercían algún uso, disfrute, propiedad, posesión, tenencia u ocupación, así como de sus derechos sociales, culturales y económicos (Grupo de Memoria Histórica, GMH, 2009c).⁶ El despojo se produce cuando se

⁶ El informe “Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas” (2016: 326-327) del CNMH ofrece una definición del bien y una descripción del tipo de bienes que pueden ser despojados: “Entre los bienes materiales están los de carácter privado como la tierra, las viviendas, los animales, los cultivos y plantas y las herramientas o bienes muebles. Otro tipo de bienes materiales son de uso colectivo por las comunidades que habitan un mismo territorio. Entre los bienes colectivos más importantes para las comunidades se mencionan las escuelas, los centros de atención en salud y las vías de comunicación (carreteras, caminos veredales, puentes, etc.). También los bienes naturales colectivos como los lugares de recolección y suministro de agua y en general las condiciones ambientales que han sido el resultado de la interacción entre la naturaleza y las prácticas rurales y que propician o no el desarrollo de la vida en el campo o en un territorio en particular. Entre los bienes no materiales que hacen parte de la vida cotidiana comunitaria que se desarrolla por fuera del núcleo familiar, son fundamentales las organizaciones sociales, las normas sociales para dirimir conflictos, las prácticas cotidianas de encuentro social en torno al ocio, la solidaridad y la construcción de futuros colectivos, entre otros.”

priva a las personas de algo que tienen, que les acompaña o que enlaza su identidad, por lo general de manera forzosa (violencia directa contra la vida y diferentes formas de coacción como la amenaza, intimidación, robo, estafa), aunque también de formas imperceptibles que interrumpen la cotidianidad (cercas, caminos condenados, robo de agua).

El despojo lo han usado principalmente los grupos paramilitares y en menor medida las guerrillas. Para la ocupación de los territorios, los grupos paramilitares utilizaron estrategias como la de tierra arrasada y las guerrillas usaron los ataques a las propiedades y las extorsiones (CNMH, 2013). Las responsabilidades, sin embargo, se extienden a una red mucho más amplia, en la que algunos funcionarios públicos, notarios, empresarios y políticos locales generaron o aceptaron alianzas con los actores armados ilegales para buscar la protección violenta de sus bienes o beneficiarse.

La guerra es intencionada y responde a intereses y dinámicas económicas, militares, morales, políticas e institucionales.

TIERRA-TERRITORIO

Adolorida

Sometida

Colonizada

Estigmatizada

Arrasada

Despojada

Extraída

Sagrada

Madre

Por la que se lucha

Recuperada

Restituida

A la que se retorna

Sanada

Que resiste

La tierra en cifras

La tierra puede contar la guerra desde el despojo y pérdidas que sufre, así como dar cuenta de su magnitud, de los números de personas desplazadas, tierras usurpadas, pueblos arrasados, bienes abandonados, seres animales y naturales sumidos en la tristeza y el abandono, biodiversidad afectada, organizaciones destruidas y poblaciones confinadas. Según el Registro Único de Víctimas, a 1 de agosto de 2016, 7.757.157 personas en Colombia habían sido

desplazadas forzosamente. El 82% de estas personas poseía algún bien en el momento del desplazamiento y más del 96% de ellas se vieron privadas de la posesión de este bien (Garay, 2011). El 87% de quienes fueron desplazados habitaban en zonas rurales del país y más de 800.000 de ellas eran personas indígenas, afrocolombianas y rrom. El 35% de estas personas eran menores de edad (CNMH, 2015e).

La Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento Forzado calcula que, entre 1980 y 2010, 6.638.195 hectáreas de tierra fueron despojadas, sin contar aquellas de propiedad colectiva. Esta cifra equivale al 15,4% del área agropecuaria nacional (Garay, 2011). Sin embargo, sobre la dimensión real del despojo aún hay controversia. Con corte a diciembre de 2017, la Unidad de Restitución de Tierras, en su Registro Único de Tierras Despojadas y Abandonadas Forzosamente, tenía apenas 1.600.000 hectáreas, cifra que incluye territorios étnicos.

Como bien lo señaló el informe *¡Basta Ya!* del CNMH (2013), la apropiación, uso y tenencia de la tierra son uno de los principales engranajes y dinámicas sobre los que se ha sostenido la guerra. Esta dinámica de apropiación de tierras constituye también un factor explicativo de la inequidad extrema que caracteriza a la sociedad colombiana, en particular el problema de la distribución injusta de la tierra, su concentración en las manos de “narcotraficantes y señores de la guerra”, y de las tensiones entre campesinos y ganaderos, más recientemente con corporaciones mineras y agroindustrias (Le Grand, van Isschot y Riaño, 2017; Reyes, 2009).

La irrupción del narcotráfico en los años sesenta y de las plantaciones de coca a mediados de los noventa se convirtieron en otras de las fuerzas y factores que agudizaron el conflicto armado y aceleraron el

crecimiento vertiginoso de los cultivos ilícitos y la distribución desigual de la tenencia de la tierra. Paralelo a este proceso de expansión de la economía del narcotráfico se da el de la compra masiva de terrenos rurales por parte de los narcotraficantes, con el fin de construir infraestructuras para la producción de coca, lavar capital ilícito y crear áreas de mayor seguridad para sus negocios (PNUD, 2011; Reyes, 2009). Ya en 1995, Alejandro Reyes (2009: 74) reportó la compra “significativa de predios rurales” por narcotraficantes en el 42% de los municipios del país.

La desigualdad e injusticia que sufren amplios sectores en Colombia y la continuidad histórica del despojo y desplazamiento constituyen uno de los factores centrales que mantiene la violencia y la profundidad inequidad que caracteriza el país. La historia del despojo es una historia de robo de tierras, en parte, pero revela unas luchas mayores entre modelos de economía, formas de explotación, nociones de desarrollo y, aún más importante, formas de concebir proyectos de vida y el derecho a desarrollarlos de manera autónoma.

Lo que le pasa a la tierra en la guerra y lo que la tierra cuenta contribuye a explicar estos patrones históricos y las dinámicas de violencia que muestran la gradual convergencia entre la geografía de la guerra y el problema agrario (despojos violentos, concentración ociosa de la tierra, usos inadecuados, colonizaciones y titulaciones fallidas) (GMH, 2013). A los viejos problemas se suman otros nuevos, que muestran las dinámicas inauguradas por el narcotráfico, la explotación minera y energética, los modelos agroindustriales y las alianzas criminales entre actores armados, políticos, servidores públicos, élites locales económicas y empresariales, y narcotraficantes. La irrupción de proyectos de minería y agroindustria, que se montan sobre una comprensión del territorio y la tierra como lugares de y

para la extracción de recursos, ha traído otras lógicas y prácticas abiertas o veladas para el despojo y la confluencia entre políticas de desarrollo, procesos de extracción y las violencias.

Tierras, pérdidas y daños

La tierra no es lo único que se pierde con el despojo. El despojo tampoco consiste simplemente en el robo de tierras (Vanegas y Caidedo, 2016). Comprendiendo que el territorio es un espacio vital y de relaciones sociales, el despojo de tierras (o, en el caso de los cascos urbanos, de viviendas o del uso de lugares comunitarios como la escuela, las canchas deportivas o salones comunales) es también una práctica de desestabilización de los mundos de vida y relaciones de las personas con su entorno, así como una práctica para coartar procesos políticos de autonomía sobre el territorio. Por eso el despojo no solo genera pérdidas individuales sino también colectivas.

Repertorios de violencia como el desplazamiento, los asesinatos selectivos, las masacres y las desapariciones han sido usados en Colombia como estrategias para el despojo de la tierra a las personas-comunidades, pero también como prácticas de violencia que pretende privarles de sus identidades y de sus derechos adquiridos o reconocidos en su condición humana (Grupo de Memoria Histórica (GMH), 2010a).

Con el despojo no solo se pierde la tierra como bien material, también la pertenencia a un lugar y los lazos sociales; se erosionan las redes sociales, se deterioran los medios de subsistencia e ingresos de las familias, se fragmenta la unidad familiar, se acaban proyectos de vida, se configura un destierro, se genera un desplazamiento forzado y las víctimas bajan en la escala social y en calidad de

vida. El despojo significa el desconocimiento de derechos de propiedad, as. como del uso y disfrute de un bien
(PNUD, 2011: 70)

La situación de despojo en la que se encuentran las personas cuando sus tierras han sido arrebatadas o cuando han sido desplazadas les torna en seres invisibles socialmente. Se trata de un tipo de muerte social que excluye a los individuos y comunidades del contrato social (Atuahene, 2007). Esta es una cadena de victimización que simultáneamente se activa por la cadena de la expropiación y apropiación: megacultivos, reparcelación, ventas masivas y daños medioambientales causados por el conflicto armado.

El despojo de la tierra tiene graves impactos sobre los mundos sociales y espirituales de las poblaciones, si se tiene en cuenta que tierra y territorio constituyen elementos centrales de la identidad de grupos sociales y étnicos, como los campesinos, los pescadores, los indígenas y las comunidades negras, e incluso de algunas comunidades urbanas. Entre las pérdidas no tangibles pero profundamente desestabilizadoras de estas formas racializadas del despojo se cuenta también la pérdida de la autonomía territorial (Ojeda, 2016). El artículo 45 del Decreto Ley 4633 de 2011 sintetiza estos impactos y también los ambientales (ex. fumigaciones aéreas, derramamiento de petróleo) y reconoce al territorio como víctima, es decir como sujeto de derechos,

El territorio, comprendido como integridad viviente y sustento de la identidad y armonía, de acuerdo con la cosmovisión propia de los pueblos indígenas y en virtud del lazo especial y colectivo que sostienen con el mismo, sufre un daño cuando es violado o profanado por el conflicto armado interno y sus factores vinculados y subyacentes.

El despojo y las acciones violentas en torno al control de la tierra y el territorio se ejercen también sobre los movimientos sociales. En Colombia, en particular, se ejerció sobre movimientos campesinos como la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), a quienes se les persigue y silencia su historia y particularmente la de sus avances durante los setenta y principios de los ochenta en la recuperación de tierras (GMH, 2010a). Esta asociación sufrió con rigor los embates de la guerra mediante el asesinato de sus líderes, el desplazamiento y las desapariciones. Las luchas por la tierra y el territorio de colectivos como el de la ANUC cuentan otro ángulo de las historias del despojo y los proyectos autónomos de reconstrucción y resistencia, como las de la Asociación de trabajadores Campesinos del Carare (ATCC), que reclama el derecho a vivir en paz y un desarrollo socio económico digno en el Carare, Magdalena Medio, o las de la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA), que lideró la lucha por la titulación colectiva de las tierras para las comunidades negras del medio Atrato, o las de la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas (ANMUCIC), que lidera las luchas por el reconocimiento del impacto del desplazamiento y el despojo en las mujeres, así como la lucha de numerosos consejos comunitarios y grupos indígenas.

Las luchas por la tierra, por consiguiente, tienen un doble sentido de restitución-retorno de la tierra y a la vez de dignificar la historia del movimiento, de la organización.

La defensa, protección y afirmación del territorio y la restitución de tierras y autonomía han sido el motor que le da sentido y moviliza las luchas de grupos de campesinos, indígenas, comunidades negras y pobladores a lo largo de la historia del conflicto armado. El

repertorio de acciones y procesos que buscan restituir y afirmar el territorio y su vínculo estrecho con un sentido de colectividad es muy amplio: comunidades de paz, zonas humanitarias, marchas de la luz, las rutas pacíficas de las mujeres por la paz, abriendo trochas por la paz, los retornos colectivos y los plantones, recuperación de saberes y de prácticas tradicionales de pueblos afrodescendientes (Escobar, 2015), por solo nombrar algunos. La lucha por la tierra y la defensa del territorio y la reconfiguración y reimaginación de nuevos territorios constituyen el epicentro de las luchas campesinas, afro e indígenas, que tienen también eco en las luchas de las personas desplazadas y de los jóvenes por el derecho a la ciudad.

Agua

*Año tras año, los habitantes de la vereda La Esperanza (Carmen de Viboral)
marchan por carretera y arrojan flores a los ríos donde fueron asesinados y
arrojados 17 campesinos por el grupo paramilitar comandado por Ramón Isaza.*

Grupo de Memoria Histórica (GMH), 2009b

*Si le sacaran el agua al río Magdalena, encontrarían el cementerio más grande del
país.*

Éver Velosa, alias 'H.H', Revista Semana, 2007

*Gobernar el agua, sabemos desde tiempos míticos, es una pretensión ilusa; es ella la que nos
gobierna.*

Colombia Anfibia, 2015

Una cualidad del agua es la posibilidad de tomar la forma de su contenedor. Simultáneamente, el agua tiene la fuerza y capacidad de darles forma a las cuencas y superficies terrestres por las que circula y de conectar territorios, pueblos y puntos distantes de la geografía. El agua es recurso y sustancia que pone en contacto tierras, territorios, cuerpos y seres vivos. Mares, puertos, cuencas, ríos y ciénagas, en puntos tan diversos de país como el Caribe, el Pacífico, el Magdalena Medio, el Cauca, el Amazonas o los Llanos orientales, son epicentro de vida y cultura, lugares en los que comunidades ribereñas, marítimas y de pescadores se encuentran en sus orillas o navegan sus corrientes para recrear sus prácticas culturales, intercambiar y organizar la vida cotidiana. Los cuerpos de agua son dadores de vida, lugares de encuentro, rutas de transporte, marcadores de fronteras y

redes que conectan a los seres vivos y la reproducción de numerosas especies y mundos de vida.

Para muchas personas, el agua personifica las conexiones y la integración de los procesos vivos. Es el elemento dador de vida que permite la producción y la reproducción de todos los procesos de vida y es una sustancia que se asocia con el sentido de comunidad y pertenencia (Jaramillo, Cortés y Flórez, 2015; Kraus and Strange, 2013). Para algunas comunidades, como las comunidades negras con asentamientos a lo largo del río Atrato, la cuenca del río es la que nombra su lugar de origen.

[Soy] Mama Cuama. Así me pusieron los del proceso de comunidades negras. Nací en el río Raposo, hija de una cajambreña y un indígena de Raposo porque ese río era solo de indígenas, hasta cuando llegamos nosotros los negros. Si la compañera me pregunta cómo contar de este puerto, le digo que tiene olor, sabor y color de niebla marina
(CNMH, 2015h)

La característica del agua como conector se encuentra en los propios cuerpos en forma de sangre, en los territorios en forma ríos y en el planeta en forma de océanos. Partiendo de la analogía de los territorios como organismos, los cuerpos de agua actúan como el sistema circulatorio de estos organismos. El agua es el elemento común de la vida: todos somos en parte agua.

El entorno ribereño y marítimo, con sus cuerpos acuáticos de ríos, ciénagas y humedales, es lugar de encuentro, transformación y de gestación de vida y muerte, y permite el asentamiento humano. Ríos y mares tienen también la capacidad de generar destrucción a su paso.

Históricamente, el mar con sus mareas, tormentas y corrientes ha sido concebido como un cuerpo indomable, un espacio hostil y salvaje y una de las principales fuentes de miedos sociales (Delumeau, 2001; Guerra, 2015).

En el Museo, el agua con su continuo movimiento y corrientes ofrece un conector narrativo y simbólico de los ejes cuerpo/persona y tierra/territorio. Cuerpos de agua como los ríos, afluentes y ciénagas conectan comunidades y guardan memorias para interrogarse sobre: *¿Qué le hace la guerra al agua y a los ríos?, ¿qué hacen los ríos en la guerra? y ¿cómo cuentan la guerra los ríos, las ciénagas y otros cuerpos de agua?*

Este eje toma las características principales del agua como cuerpo y sustancia en movimiento con sus corrientes, flujos, recodos, remolinos y el entorno biodiverso en que circula para dar cuenta de la historia dinámica y cambiante del conflicto armado en Colombia, sus transformaciones e interconexiones. El río, como articulador de territorios, permite explorar los mapas cambiantes de la guerra, con sus vicisitudes, dinámicas y ritmos a través del tiempo. Permite también rastrear las pulsiones constantes que caracterizan al agua, entre vida y muerte, entre creación y destrucción (inundaciones, tormentas, tsunamis), para comunicar sobre las múltiples violencias y los proyectos de defensa de la vida, por la dignidad y resistencia que tienen lugar durante el conflicto armado (Martin, 2014).

Canales y espacios acuáticos en la guerra

Dentro de las características del agua también se encuentra que es receptora y transportadora de lo que le ofrecen. Las corrientes fluviales arrastran lo que llegue a sus orillas, reciben los cuerpos y

objetos atascados en los remolinos que las aguas generan y los que han sido arrojados de manera sistemática en sus aguas, llevándolos consigo, en ocasiones dejándolos ver en su recorrido y a veces depositándolos en otro lugar de la geografía.

La historia del país se teje tanto por la guerra y las violencias como por las iniciativas de paz, las resistencias, las reformas políticas, los procesos de paz y las instituciones de paz.

Durante más de cinco décadas del conflicto armado en Colombia, los cuerpos de agua se convirtieron en receptores y testigos de actos de violencia como las desapariciones, el despojo de cuerpos en sus cauces, de los intentos por ahogar o dejar sin rastro los actos atroces que se ejecutan sobre cuerpos y el patrimonio material de las personas. Desde 1980, el cálculo aproximado es que más de 3.000 personas desaparecidas fueron arrojadas a ríos y afluentes del Cauca, el Magdalena o el Atrato, entre otros ríos que constituyen para muchas áreas y comunidades del país la única vía de acceso al territorio (CNMH, 2017; Roca, 2014). Las profundidades del mar y de los ríos se convierten en cementerio o acuafosa y en contenedores de los objetos o partes de cuerpos que de manera obstinada guardan la memoria de lo acontecido.

Me decía mi papá que en los años sesenta fue muy fuerte, que mataron mucha gente. Era claro el límite del río: para un lado eran los conservadores y pa'l otro los liberales. Entonces ellos tenían unos límites y el que se salía de acá, lo mataban, y el que se metía para este lado, pues también

(CNMH, 2012). Entrevista con mujer adulta. Medellín del Ariari, 2012.

El río, que es la vida de uno acá, el río para nosotros ahora está muerto... Solo lo utilizamos para transportarnos y no para saciar los deseos como bañarse, pescar, lavar los platos, cepillar la ropa, que uno bajaba y lavaba su ropa y se sentía bien encontrarse con las otras mujeres... Eso uno se iba a lavar y nos poníamos 5, 6, 7 mujeres y lavábamos ese ropero [es decir, mucha ropa], ¡y eso era una felicidad! La una cantaba, la una echaba un verso, la otra echaba un chiste... todas esas cosas ya se acabaron... Por eso digo que ya lo de nosotras se acabó, ¿no creen? No tenemos nada.

(Grupo de Memoria Histórica (GMH), 2010c). Mujer adulta, habitante de Bellavista. Entrevista.

Como medios de acceso a las comunidades, estos espacios acuáticos también han sido escenario de puestos de control de grupos paramilitares, guerrillas o de las fuerzas armadas, que permiten o prohíben el acceso de bienes, alimentos y personas a las comunidades y territorios. Lo que pasa por su cauce se registra en la memoria y en los relatos de los pobladores de la región, para quienes los ríos o ciénagas son núcleos de sus interacciones cotidianas, epicentros de sus prácticas culturales y medios de movilidad: aquello que no se ve, pero se sabe que está ahí, como las manchas de sangre que quedaron en la Ciénaga Grande de Santa Marta después de que en la masacre de Nueva Venecia los paramilitares arrojaron los cuerpos con objetos pesados a la ciénaga. Por estos cuerpos de agua han huido miles de personas desterradas a causa del conflicto armado, no solo hacia otros lugares de la geografía nacional sino también cruzando fronteras acuáticas y territoriales para llegar al exilio en un país extranjero.

Los costos de la guerra son muy altos y los daños que ocasionan son inmensurables.

Durante la guerra en Colombia canales y cuerpos de agua, en particular los ríos, se volvieron agentes conectores de la destrucción, pero también fueron escenario y canal de las luchas por la sobrevivencia y la resistencia a la violencia: a) como ejes de los mundos de vida de comunidades de pescadores, campesinas, indígenas y negras, quienes también lucharon por salvaguardarlos y mantener sus usos y relaciones con estos cuerpos de agua, b) como medio de transporte de los actores de guerra y lugar para controlar y establecer restricciones a las comunidades que por siglos los habían circulado con libertad, c) como repositorios de desechos y como tumbas anónimas de miles de los desaparecidos de la guerra y d) como conectores y medios en lo que se construyen y movilizan proyectos e iniciativas para la defensa de estos cuerpos de agua y la resistencia colectiva.

Los daños ambientales y culturales, el envenenamiento físico y simbólico ocasionado por la guerra sobre estos cuerpos de agua, pueden rastrearse en los impactos sobre fuentes de agua, ciénagas y en las aguas de ríos, quebradas y acueductos contaminadas por las explosiones de oleoductos,⁷ las fumigaciones aéreas, la minería informal, y los cuerpos vertidos en sus aguas (Andrade, 2004). Puede también verse en el despojo de las ciénagas en la Costa Caribe, a través de la desviación de las fuentes fluviales de agua dulce que se vierte en esta, y por lo que se causan nuevos desplazamientos y se rompe el estrecho vínculo de las comunidades que aquí habitan con su entorno acuático y territorial. Por último, estos pueden verse

⁷ De acuerdo a Andrade, “la contaminación del agua en torno a la actividad petrolera, con el sabotaje de la infraestructura queda asociada con el conflicto. Según un informe de Ecopetrol, hasta noviembre de 1998 ‘la cantidad de crudo vertido por los atentados ascendía a 7.6 veces el petróleo que se derramó en la que se ha considerado la mayor tragedia ambiental de la historia por contaminación con hidrocarburos; el desastre del buque Exxon Valdés en Alaska en 1989’ (El Tiempo, agosto de 2000). El impacto acarrea efectos de una magnitud e intensidad sin precedentes en el continente (2004: 132).

también en la amenaza a la seguridad alimentaria de poblaciones, a quienes los grupos armados ilegales les restringieron el acceso de alimentos o les prohibieron usos y tareas cotidianas en ríos y afluentes. De esta manera, cuerpos de agua como el río y la ciénaga, y por supuesto las comunidades que los habitan, han sufrido también el despojo del agua, que permite su uso privado (cuando se trata de un bien público), y la apropiación de las tierras que quedan una vez se ha secado el humedal. El río o la ciénaga, como recurso natural o medio de comunicación, también son recursos en disputa y dan cuenta de la dimensión ambiental del conflicto (Andrade, 2004).

A este puerto ha llegado todo el mundo: los cajambreños, los raposeños, los de Yurumanguí, los nayeros, algunos del San Juan, del Chocó, de Tumaco, de Guapí, de Timbiquí, y ahora último muchos paisas, casi todos tienen que ver con Buenaventura. (...) Para los porteños y los de los ríos, el territorio está con el mar. No solo es la tierra que la gente pisa, sino también la marea que le moja los pies. Hay una compañera de aquí del Lleras que dice que si no siente en las mañanas la marea no sabe que está viva. En el mar está el marisco, la piangua y el pescao. El mar tiene su propia vida, sus espíritus. En mi tiempo, nosotros conocíamos del duende, el riviél y la sirena (...) (CNMH, 2015h).

La Sentencia T-622 de 2016, que reconoció al río Atrato, su cuenca y afluentes como sujetos de derechos, establece un importante marco para entender al río como víctima y el impacto que procesos de explotación forestal y minería ilegal, desarrollados en el trasfondo del conflicto armado, han tenido sobre los cuerpos de agua. Esa sentencia permite ahondar en la coincidencia entre las geografías y territorios más afectados por la guerra y el desarrollo de megaproyectos y prácticas de minería ilegal que producen graves efectos de contaminación con sustancias como el mercurio. Como anotan

Ximena González y Viviana González (2017), la minería ilegal en la economía de guerra en Colombia se constituye en una importante fuente de ingreso para los grupos armados ilegales, ya sea a través de su asociación directa con el negocio, mediante el cobro de vacunas o el asocio con los empresarios de la minería ilegal.

La sentencia de la Corte no tiene precedentes legales en el país o en el continente y tiene grandes repercusiones en la manera como concebimos a estos cuerpos de agua y su interrelación con las personas y territorios. Conlleva a reconocer la vitalidad y agencia del agua en la creación y mantenimiento de la biodiversidad, y también el impacto devastador en lo material, espiritual y simbólico que han tenido sobre ella los daños ocasionados por la guerra.

*La sentencia es novedosa
Y nos reta en verdad
Para que lo que ordena
Se pueda implementar*

*Por ahí dice la Corte
Pa'entenderlo uno ahí mismo
Que en Chocó hay institución
Solo pal extractivismo*

*El mercurio contamina
Humedales y afluentes
Afectando hasta la vida
Y también el medio ambiente*

Extracto de las Coplas a la Sentencia del río Atrato.
Vicario Afro de la Diócesis de Quibdó y miembro de Cocomopoca.

Como dador y receptor, capaz de dar vida, potenciar, movilizar, dinamizar, desvanecer, desaparecer y transformar, el agua puede contar sobre los encuentros y prácticas de defensa de la vida, cuidado y protección de los muertos, de las rutas y recorridos de los movimientos por la paz, por la búsqueda de las personas desaparecidas y por la dignificación de la memoria de las víctimas y el retorno a los territorios. Las orillas de los ríos han sido escenario de encuentros que estructuraron formas de organización política, como en el caso de los Procesos de Comunidades Negras (PCN) o los del Concejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA).

Yo no podía dejar que esos cuerpos se los llevara el río, yo sabía que detrás había una madre o una esposa llorando que tal vez vendría a recogerlo para darle como en el 94. Los “muchachos” nos dijeron que nos reuniéramos pa’ alegar por nuestra tierra, pa’ hacer reunión y hacer los papeles. Yo ya sabía esa parte porque el Padre nos lo había dicho en la reunión, allá en el Naya. Yo dije: “esto es serio, y si no nos ponemos de acuerdo verán, hasta que ya cuando nosotros llegamos a Raposo” (...) Eso era dele por aquí, dele por allá, nos fuimos pa’ Puerto Tejada, nos íbamos pa’ Naya, a Mangüí, pa’ Raposo, pa’ Mayorquí, pa’ Yurumanguí, no parábamos. Hermanita, cuando hicieron la primera asamblea en el río Buenaventura, un puerto sin comunidad, Raposo, luego unos se fueron pa’ Bogotá, otros se fueron pa’ Tumaco, y así se fueron repartiendo la gente a hacer reuniones, hasta que ahora sí, hicimos el cabildo y ahí sí ya salió la cosa del título colectivo (...) (CNMH, 2015h). Trayectoria de vida de mujer. Agosto de 2013

Los muchachos, como les decían (...) a quienes poco tiempo después se denominaron Proceso de Comunidades Negras (...) “empezaron a caminar sus ríos, a visitar las orillas y con ello a preguntarnos sobre el territorio” (...) hicimos la reunión, ya dijeron que nos

reuniéramos en el río pa' hacer comité, y de ahí empezó, que de reunión en reunión...

(CNMH, 2015h). trayectoria de vida de mujer. Agosto de 2013

El agua como eje temático ilustra no solo la desaparición, la muerte y el olvido, sino que muestra también los esfuerzos de muchas personas por resistir, por recuperar y ofrecer un lugar digno de sepultura, un nombre y un ritual a los cuerpos que fueron arrojados al río. También proponen alternativas de vida que transforman las dinámicas de la guerra en el territorio.

Cierre

Los lineamientos conceptuales del Museo de Memoria Histórica de Colombia detallan cómo el Museo busca activar una experiencia profunda en sus visitantes, con el fin de facilitar el reconocimiento tanto de los factores históricos que explican unas violencias múltiples y de larga duración como la magnitud del daño y el terror sobre quienes han sido sus víctimas (CNMH, 2017). Con este propósito, el guion conceptual cuenta la historia de la guerra en Colombia desde tres sujetos y voces narrativas profundamente interconectadas en tanto entidades materiales y simbólicas: el cuerpo, la tierra y el agua.

El cuerpo, la tierra y el agua como ejes narrativos invitan a contar la historia y analizar los factores que originan y sostienen el conflicto desde una mirada que es holística, relacional y atenta a la diversidad. Desde esta mirada, el guion indaga por las materialidades de la guerra en los mismos territorios donde se desplegaron las confrontaciones armadas o se produjo el despojo, y en los cuerpos de victimarios, cómplices y sobrevivientes que llevan las marcas y huellas de la violencia.

Desde la mirada aterrizada en el territorio, desde el panorama visual de quien circula por los ríos y ciénagas o desde la voz de relatores (como la persona víctima de tortura, la casa que quedó vacía o el río como repositorio de vida y muerte), el guion conceptual se pregunta por lo que les hace la guerra a los mundos de los diferentes seres vivientes, a sus universos simbólicos y emocionales. Se pregunta también por las maneras en que la tierra, el agua y el cuerpo cuentan cómo sobrevivieron a la guerra y resistieron las violencias, indaga por los dilemas morales en el día a día y por las aspiraciones y deseos de

futuros diferentes. Estas historias y narrativas, así como el esfuerzo por inscribirlas en marcos explicativos más amplios, serán siempre parciales y albergarán silencios. Por esa razón, el trabajo de reconstrucción de memoria histórica se continuará y complementará con cada exposición, con cada visita al Museo, en los diferentes programas y en la programación de eventos, con cada nueva iniciativa de memoria o con nuevos trabajos de archivo.

Referencias

Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Argentina, 2015, Editorial Debate.

Andrade, Germán. 2004. *Selvas sin Ley. Conflicto, drogas y globalización de la deforestación de Colombia*

Aranguren, J. P. (2015). Inmunización y militarización del cuerpo social en Colombia: el Estado en emergencia permanente. *Athenea Digital*, 15(4), 305-327.

——— (2011). Las inscripciones de la guerra en el cuerpo de los jóvenes combatientes. *Historias de cuerpos en tránsito hacia la vida civil*. Bogotá, Universidad de los Andes.

Atuahene, B. (2007). "From reparation to restoration: moving beyond restoring property rights to restoring political and economic visibility." *SMU Law Review* 60(4): 1419.

Blair, Elsa. 2010. La política punitiva del cuerpo: "Economía del castigo" o mecánica del sufrimiento en Colombia. *Estudios Políticos* 36 (enero-junio): 39-66

Cameron, M. (2007). "Two-Spirited Aboriginal People: Continuing Cultural Appropriation by Non-Aboriginal Society." *Resources for Feminist Research*, 32(3-4), 203.

Connerton, P. (1989). *How Societies Remember*. Nueva York: Cambridge University Press.

Centro de Formación y Fortalecimiento Cultural WIWA (2016). Documento interno formulación centro de formación y fortalecimiento cultural. Sierra Nevada de Santa Marta.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2011). San Carlos. *Memorias del éxodo en la guerra*. Bogotá: CNMH, 2011.

_____ (2011b). La masacre de El Tigre. El silencio que encontró su voz. Bogotá: CNMH, 2011.

_____ (2012). El Placer. Mujeres, coca y guerra en el Bajo Putumayo. Bogotá: CNMH, 2011.

_____ (2014). Narrativas de vida y de memoria, Cuatro aproximaciones biográficas a la realidad social del país. Bogotá: Dirección de Museo - CNMH, 2014.

_____ (2014b). “Patrones” y campesinos: tierra, poder y violencia en el Valle del Cauca (1960 – 2012), Bogotá, Taurus.

_____ (2015a) Actas comité asesor del Museo Nacional de Memoria, 19 diciembre de 2014, 16 enero 2015. Documento de trabajo de circulación interna. Bogotá, CNMH.

_____ (2015b). Claves para navegar por la memoria histórica. Bogotá: Punto Aparte.

_____ (2015c). Un viaje por la memoria histórica: Aprender la paz y desaprender la guerra. Bogotá, Área de Pedagogía, CNMH.

_____ (2015d). Aniquilar la Diferencia. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano. Bogotá, CNMH - UARIV - USAID – OIM.

_____ (2015e). Una nación desplazada. Informe nacional de desplazamiento forzado en Colombia. Bogotá: CNMH.

_____ (2015f). Textos corporales de la crueldad. memoria histórica y antropología forense. Bogotá: CNMH.

_____ (2015g). Con licencia para desplazar Masacres y reconfiguración territorial en Tibú, Catatumbo. Bogotá: CNMH

_____ (2016a). Limpieza social. Una violencia mal nombrada. Bogotá: CNMH

_____ (2016b). Tierras y conflictos rurales. Historia, políticas agrarias y protagonistas. Bogotá: CNMH

_____ (2017). La Guerra inscrita en el cuerpo. Bogotá: CNMH.

- Delumeau, J. (2002). Miedos de ayer y de hoy. In M. Villa (Ed.), *El Miedo. Reflexiones sobre su dimensión social y cultural* (pp. 9-24). Medellín: Corporación Región.
- Denov, M. & Maclure, R. (2007) "Turnings and Epiphanies: Militarization, Life Histories and the Making and Unmaking of Two Child Soldiers in Sierra Leone." *Journal of Youth Studies*, 10, 2: 243-261.
- Dolan, Chris. 2018. Victims who are men. In Ní Aoláin, F., Cahn, N., Haynes, D., & Valji, N. (Eds.), *The Oxford Handbook of Gender and Conflict*: Oxford University Press. Retrieved 29 Mar. 2018, from <http://www.oxfordhandbooks.com.ezproxy.library.ubc.ca/view/10.1093/oxfordhb/9780199300983.001.0001/oxfordhb-9780199300983>.
- _____ (2003). Collapsing Masculinities and Weak States - A case study of Northern Uganda. In F. Cleaver (Ed.), *Masculinity Matters: Men, Masculinities and Gender Relations in Development*. London: Zed Books.
- Enloe, Cynthia. 2000. *Maneuvers: the international politics of militarizing women's lives*. Berkeley: University of California Press.
- Escobar, A. (2015). "Territorios de diferencia: la ontología política de los "derechos al territorio"." *Cuadernos de antropología social*(41): 25-38.
- Garay, L. J. (2011). Cuantificación y valoración de las tierras y los bienes abandonados o despojados a la población desplazada en Colombia. . Bogotá, Comisión de seguimiento a la política pública sobre desplazamiento forzado.
- González, Ximena y Viviana, González. (2017). Derechos Bioculturales y Derechos de los Ríos: una Interpelación al Modelo Minero Energético en el Departamento del Chocó. 159-176. <http://majestuosoatrato.tierradigna.org/coplas.html>
- Guerra, Weildler. (2015). *El mar cimarrón. Conocimientos sobre el mar, la navegación y la pesca entre los Wayuu*. Museo Arqueológico Nacional Aruba.

Grueso, L. and A. Escobar (2008). Territorio y conflicto desde la perspectiva del Proceso de Comunidades Negras PCN; Colombia. Cali, Proceso Comunidades Negras PCN y LASA.

Grupo de Memoria Histórica (GMH) (2013). Basta Ya, Colombia: Memorias de Guerra y Dignidad. Bogotá, Imprenta Nacional.

_____ (2009c). El despojo de tierras y territorios: aproximación conceptual. Bogotá, CNRR y IEPRI

_____ (2010). La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la Costa Caribe 1960-2010. Bogotá, Taurus

_____ (2011a). Mujeres que hacen historia. Tierra, cuerpo y política en el Caribe colombiano. Bogotá, Taurus.

_____ (2011b). Mujeres y guerra. Víctimas y resistentes en el Caribe colombiano. Bogotá, Taurus.

_____ (2011c). La huella invisible de la guerra. Desplazamiento forzado en la Comuna 13. Bogotá, Taurus

Fernández, Olaya. 2012. Pensar con el cuerpo. Pensar desde el cuerpo. *Thémata. Revista de Filosofía* N° 46 (Segundo semestre): 361-368.

Gutiérrez Sanín, Francisco y Vargas Jennifer (eds). El despojo paramilitar y su variación: quiénes, cómo, por qué. Bogotá: Universidad del Rosario, 2016.

Jaramillo, Úrsula, Jimena Cortés-Duque y Carlos Flórez-Ayala. Eds., 2015. Colombia Anfibia. Un país de humedales. Volumen I. Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.

Krause, Franz. 2016. Rivers, borders, and the flows of the landscape. Kannike, A., Tasa, M., Oapen, Eds., *Dynamics of Cultural Borders*. Pp. 24-45. Tartu: University of Tartu Press.

Krause, Franz and Strang, Veronica. 2013. Living Water. Introduction to Special Issue. *Worldviews* 17 (2013) 95-102

- LeGrand, Catherine. (2016). Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1970), segunda ed. Bogotá: Universidad de los Andes/Universidad Nacional de Colombia/ CINEP, 2016.
- LeGrand, C. C., van Isschot, L., & Riaño-Alcalá, P. (2017). Land, justice, and memory: challenges for peace in Colombia. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies / Revue canadienne des études latino-américaines et caraïbes*, 42(3), 259-276
- Maiese, Michelle. 2003. Dehumanization. *Beyond Intractability*. Eds. Guy Burgess and Heidi Burgess. Conflict Information Consortium, University of Colorado, Boulder.
<<http://www.beyondintractability.org/essay/dehumanization>>.
- Martin, Alejandro (2014). A Chronicle of Rivers. En José Roca y Alejandro Martin, Eds. *Waterweavers: A Chronicle of Rivers*, pp. 32-43. New York: Bard Graduate Center.
- Meertens, Donny. 2015. Conflictos ocultos en la restitución de tierras. Una mirada de género a la justicia transicional 'en acción.'. En Cristina Churrua Muguruza (ed.). *Colombia: ¿cómo construir la paz? : redes sociales y espacios de protección de las personas desplazadas*. Madrid: Los libros de la catarata.
- Ojeda, D. (2016). Los paisajes del despojo: propuestas para un análisis desde las reconfiguraciones socioespaciales. *Revista Colombiana de Antropología*, 52(2), 19-43.
- Porcel, B. (2014). "Deshumanización del cuerpo, desaparición, muerte." *Revista Ecopolítica*(9): 13-24.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD (2011). Colombia rural: Razones para la esperanza. Informe Nacional de Desarrollo Humano 2011. Bogotá: INDH/PNUD.
- Ramírez, G. (2014). Asovida, sus procesos de memoria y resistencia. En Ponencias Nacionales, Seminario Internacional de Museos y

- Lugares de Memoria: Prácticas y aprendizajes para su construcción. Bogotá, CNMH
- Red de lugares de memoria. 2016. Acta reunión Red de Lugares de Memoria. Bogotá. CNMH
- Reyes, Alejandro. (2009). *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Bogotá: Grupo editorial Norma.
- Roca, José. (2014). Waterweavers: The river in Contemporary Colombian Visual and Material Culture. En José Roca y Alejandro Martin, Eds. *Waterweavers: A Chronicle of Rivers*, pp. 20-31. New York: Bard Graduate Center.
- Rodríguez, D. (2010). "Territorio y territorialidad. Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la Geografía " Uni-pluri-versidad 10(3).
- Ruiz, D. (2017). El territorio como víctima. Ontología política y las leyes de víctimas para comunidades indígenas y negras en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 53(2), 85-113.
- Ruta Pacífica de las Mujeres 2013. La verdad de las mujeres. Víctimas del conflicto armado en Colombia. Versión resumida. Bogotá: Ruta Pacífica de las Mujeres
- Serje, Margarita. (2003). Fronteras carcelarias, Violencia y civilización en los territorios salvajes y tierras de nadie en Colombia. En Clara I García, Comp. *Fronteras. Territorios y metáforas*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Strang, V. (2014). Fluid consistencies. Material relationality in human engagements with water. *Archaeological Dialogues*, 21(2), 133-150
- Suárez, Andrés. 2007. Identidades políticas y exterminio recíproco. Masacres y guerra en Urabá 1991-2001. Medellín: La Carreta.

- Theidon, K. (2009). Reconstructing Masculinities: The Disarmament, Demobilization, and Reintegration of Former Combatants in Colombia. *Human Rights Quarterly*, 31(1): 1-34.
- Vanegas, Julio y Alhena, Caicedo. 2016. Editorial: Aproximaciones al despojo desde Colombia. Despojo y antropología hoy. *Revista colombiana de antropología*, Vol 52(2): 7-15.
- Vargas, Patricia. (2016). *Historias de territorialidades en Colombia. Biocentrismo y Antropocentrismo*. Bogotá: CEP Banco de la República.
- Vásquez, María Eugenia. 2001. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá, ILSA.
- Unidad Administrativa Especial de Gestión de Restitución de Tierras Despojadas (2013). La política pública para la protección y restitución de los derechos territoriales de los grupos étnicos: antecedentes, acciones y perspectivas en el escenario de los decretos con fuerza de ley para grupos étnicos (4633 Y 4635 DE 2011). Bogotá, UAEGRTD.
- Volpato, C. and L. Andrighetto (2015). Dehumanization. *International Encyclopaedia of the Social and Behavioural Sciences, 2nd Edition*. J. D. Wright. Elsevier, Oxford: 31-37.